



# CUARTO RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE

**“SOLA EN LA CALLE”**

**UNIVERSIDAD POPULAR  
FEBRERO 2021**



# ÍNDICE

LA CALLE OSCURA	David Santiago Rodríguez Sánchez	4
LOS BRAZOS QUE TE PROTEGEN	Isabel Casillas	5
EL GATO BLANCO Y NEGRO	Ángel Rodríguez	6
MADRUGADA DE CENIZA	Víctor M. Jiménez Andrada	7
CAMINAR	María Borrego Mediodía	8
AGÁRRATE FUERTE A MÍ, MARÍA	María J. Llanos	9
MIEDO	Concha Ibáñez	10
CASO CERRADO	Belén Gómez	11
JULIA	Joaquina Campón	12
PASOS	Purificación Claver	13
INDULTO	José Antonio García Fera	14
LA LUZ ETÉREA	Vicente Rodríguez Lázaro	15
UNA FLOR NO HACE PRIMAVERA	M. José Castro y Jordi Fornos	16
FANTASMAS DEL PASADO	Marta López Castaño	17
MATILDA	Gemma Montero Ortega	18
QUEBRANTO	Ángela Velasco Bello	19



## **LA CALLE OSCURA**

Caminó. Transitó por aquel camino con la sola compañía de la luna nocturna a oscuras.

Pasos tras ella. Aprieta el paso. Ella echa mano al bolso. Corre. Toma distancia. Engaña a su perseguidor.

Se vuelve y desenfunda del bolso un pistola brillante y reluciente magnum 44. No era ese tipo de chica ni les iba a dar tregua después de que secuestraron a aquel amigo suyo en el rastro.

...

**David Santiago Rodríguez Sánchez**

## LOS BRAZOS QUE TE PROTEGEN

De nuevo esa familiar sensación de soledad que le atenazaba el pecho provocándole un intenso dolor, como si tuviera un agujero.

Empezó a temblar y el pánico se apoderó de ella.

—Corre, corre— era su propia voz que la instaba a alejarse de allí.

La calle estaba oscura y solitaria y el eco de sus pasos sobre el asfalto rompía el silencio de la noche. Su corazón palpitó aceleradamente al comprobar que alguien caminaba tras ella.

Miró.

Un hombre la seguía.

De su garganta nació un sonoro grito largo y potente, que subió de intensidad al sentir unos brazos sobre sus hombros.

Todo se volvió oscuro y se oyó a sí misma gritar. Un alarido largo, muy largo.

— Lucía, tranquila. Estás soñando, es solo una pesadilla.

Una tenue luz inundó la estancia. Su marido la rodeaba con los brazos y como una niña pequeña se sumergió en ese abrazo descansando en él, al tiempo que un profundo suspiro se soltó de su pecho.

**Isabel Casillas**

## EL GATO BLANCO Y NEGRO

Se detiene en el rellano de la escalera, ha subido tres pisos y su corazón le golpea el pecho. Ella se para también y le mira. —Solo falta uno—, le dice; y piensa en el mechón de pelo que cae sobre su cara. Así lo recuerda, con su cara blanca y el cabello moviéndose al compás de sus pasos.

Siguen subiendo los empinados peldaños, ella delante busca en su bolso las llaves de su puerta.

No recuerda si conserva alguna botella de licor, no obstante, decide ofrecerle un café, es más adecuado. Quizás no debería haberle invitado a subir, quizá una breve conversación o un charla más larga rememorando recuerdos y una despedida afectuosa prometiéndose futuros encuentros, hubiera sido suficiente.

Llegan al cuarto piso, la luz del descansillo permanece apagada. Ella dice que no funciona.

—Hemos avisado al casero, pero como es un bloque viejo, apenas nos hace caso.

Él jadea, no está acostumbrado a subir tantas escaleras. Al abrir la puerta, un gato blanco y negro arquea el lomo y sube el rabo mientras roza su cuerpo en las piernas de ella.

—Siéntate en ese sillón es muy cómodo ¿Quieres tomar un café? — dice ella—. Te veo muy bien —miente.

Él permanece de pie mientras observa al gato que sigue restregando su cuerpo.

Levanta su mirada y se encuentra con la de ella. La suave luz hace que ambos dulcifiquen sus recuerdos y por un instante retroceden varias décadas.

—Si tienes agua fría es lo que apetece, el café no puedo tomarlo, la tensión, ¿sabes? —dice él.

Ella abre el frigorífico, saca una botella y le dice:

—No te imaginas cómo me alegro de verte, después de tantos años.

Le ofrece el vaso y sus dedos se rozan.

—Cuando te vi a la salida del cine, quise alcanzarte rápido, pero mis piernas ya no me responden bien y tú cada vez ibas más deprisa—, dice él.

De una ventana entra el viento cálido del sur, mientras el gato comienza a rozar los pantalones del hombre. Ella se fija en sus manos con venas azules sobresaliendo de su piel, como si la carne se fuera retirando a las profundidades.

**Ángel Rodríguez**

## MADRUGADA DE CENIZA

La mujer sale de su casa en el corazón de la madrugada. Viste un camisón de alegres estampados, que le queda demasiado grande, y está descalza. Tiembla de frío y de miedo. Algo la ha desvelado y la ha empujado a huir de la calidez de las sábanas, sin tiempo para protegerse con prendas más adecuadas contra la helada que está cantando su preludio.

Avanza muy despacio por una calle solitaria y oscura, mientras la angustia se le clava en la garganta como una ávida sanguijuela. Solo retazos dispersos de luna salpican de leche algunos rincones, lo suficiente para que sus pies frágiles no la hagan perder el equilibrio.

Transcurren los minutos con una viscosidad de aceite hasta que, de repente, oye pasos detrás. Se vuelve asustada y distingue una silueta que se aproxima. Lo reconoce: es el hombre al que lleva esperando desde que sopló las velas de la tarta de su ochenta cumpleaños. Representa el deseo al que se ha aferrado, desde aquel día, en cada crepúsculo, sin remordimiento ni pesar. Ha mezclado tantas veces su nombre en las oraciones que ahora, que lo tiene delante, la emoción hace que le florezca una cortina tibia en los ojos.

Es tal y como lo había imaginado: guapo, joven y elegante. Nada que ver con la iconografía popular. «Querido Caronte, ya estoy lista», le dice al hombre con la sonrisa sincera de quien ha exprimido el jugo a la vida. Él le echa su brazo por el hombro, en un gesto dibujado de ternura, y caminan muy juntos, hasta que la tiniebla los engulle para siempre.

**Víctor M. Jiménez Andrada**

## CAMINAR

Una calle muy oscura.

Solo se escucha el sonido del río.

A lo lejos una mujer llora desconsolada. Había perdido a su perro.

Un frío intenso azota su melena larga. Nadie escucha su llanto desolador.

Caminar, caminar y caminar. Solo desea encontrar a su perro.

Sigue llorando, sigue caminando, sigue sola. Hasta llegar a la esquina de la calle.

Un señor sale a su encuentro, el único hombre que la escucha.

De todas las horas que han pasado; solo quiere ver de nuevo a su perro. Su única compañía, su amigo más fiel.

—Señor, no quiero nada que no sea a Jon, mi perro.

Siempre tuvo miedo de andar sola, recuerda que, de pequeña, en casa de su padrastro, le metían miedo con la oscuridad.

Un grito fuerte se escucha en la noche tan oscura. Alguien la persigue.

Sigue caminando, con un miedo estremecedor, ve una sombra brillante. Cae al suelo desplomada.

Esa sombra es un ángel de la guarda. Es JON, su perro, había sido atropellado.

El señor vuelve a su encuentro. Es su padrastro.

**María Borrego Mediodía.**

## AGÁRRATE FUERTE A MI, MARÍA

María salió del cine como una exhalación. Acababa de mirar su reloj y no sabía si le daría tiempo de llegar con hora para coger el último autobús. Fue en vano su carrera.

Cuando ya casi había conseguido su objetivo vio cómo se alejaba el vehículo. Pensó en la posibilidad de coger un taxi, pero finalmente se decidió a ir andando hasta su domicilio.

Las calles estaban semivacías, de vez en cuando se cruzaba con algún transeúnte apretando el paso, queriendo llegar, como ella, cuanto antes a su hogar. Arreciaba el frío y María optó por coger un atajo, una calle perpendicular a la avenida principal que suponía un ahorro considerable de tiempo. Una vez en la calle comprobó que andaba sola por un entorno oscuro cuyas escasas farolas parecía que habían perdido intensidad. No se oía nada, solo su respiración nerviosa en medio de la negritud de la noche.

Empezó a sentirse inquieta cuando vio salir de detrás de una esquina a un hombre de mediana edad que enseguida se puso a caminar en su misma dirección. Ahora, al ruido de su agitada respiración, se añadía el sonido de unos zapatos de suelas desgastadas. Casi podía sentir el aliento del desconocido rozándole la espalda y, por primera vez, sintió miedo. Pensó que la mejor opción era salir corriendo, pero justo cuando iba a tomar impulso para iniciar la carrera, sonó a todo volumen la canción de su grupo favorito, *Los Secretos*:

*Agárrate fuerte a mi María,  
Agárrate fuerte a mí,  
Que la noche está muy fría  
Y no consigo dormir...*

El desconocido sacó del bolsillo su teléfono móvil e interrumpió la melodía:

—¡Dime, cariño! Sí, sí... Ya estoy llegando, no te preocupes...

María recobró el aliento y dejó de sentir miedo. “Una persona que tiene a *Los Secretos* como sintonía en su móvil, no puede ser mala gente”— pensó— Y siguió su camino confiada en la oscuridad de la noche...

**María J. Llanos**

## MIEDO

Ana estuvo muchos años casada. Vida ordenada, salida con amigos, todo “milimetrado”. Siempre con la misma persona, siempre juntos a todas partes. Siempre acompañada. Siempre en compañía.

Y de pronto, un día, todo cambió. La mentira se cruzó en su camino y su relación de pareja se fue por el desagüe.

Pero la vida no se detenía y ella quería seguir viviendo. Quería salir, quería disfrutar. Todo lo que no había hecho antes, ahora se le presentaba en bandeja.

Y empezó a quedar con algunas amigas. Solteras, divorciadas... mujeres libres y sin miedo, que le enseñaban a no tenerlo.

Y esa noche, ya tarde, volvía para casa. Feliz de haber compartido su tiempo, su vida, sus ilusiones. Contenta, relajada, con perspectivas de futuro.

Volvía tarde y deseaba llegar pronto. Por eso se metió por aquellas callejuelas oscuras.

El silencio pesaba en cada paso. Solo se oía su respiración, por eso le extrañó ese ruido cadencioso, esas pisadas diferentes, ese sonido entrecortado. Recordaba las palabras que siempre le decía su madre sobre volver sola a casa. Recordaba las palabras que repetía a su hija, cada vez que salía por las noches... Recordaba ese miedo atávico que las mujeres tenemos grabado con fuego.

Empezó a ir más deprisa, pero a medida que aumentaba su velocidad, quien la seguía apretaba también el paso.

Ana sintió miedo. Quería correr, pero sus piernas no le respondían, con la llave en la mano decidió bajar el ritmo y que su seguidor le tomara la delantera. Decidió no tenerlo a pesar de estar aterrorizada.

Una mano le tocó el hombro y ella dio un respingo... “*Señorita Ana... ¡Qué sorpresa! No sabía que salías por la noche*”. Asombrada reconoció a uno de sus mejores alumnos. Se saludaron y siguió su camino. Fue un alivio, pero el miedo, ese miedo que nos han inculcado y no sin razón, da igual la edad que tengamos, ese miedo estaba ahí. Y no paró hasta que se sintió segura entre los muros de su casa.

**Concha Ibáñez**

## CASO CERRADO

Toma una de las callejuelas que salen de la Gran Vía para tratar de despistar al hombre que la sigue desde hace un rato. Agradece no haberse decidido por los tacones de escándalo que pensó ponerse cuando se arreglaba. Pero ni el minivestido ni la gran gabardina han sido una buena elección, no le permiten moverse con agilidad.

La calle es oscura y estrecha. Solo la luz mortecina de una multitienda china le da un poco de esperanza. Después del estruendo de la gran avenida (frenazos de coches, pitidos, personas que se llaman, que hablan a gritos, músicos callejeros) el silencio de la callejuela es ensordecedor. Solo se oyen los tacones bajos de sus zapatos y eso la tranquiliza. Al segundo empieza a oír unos pasos rápidos que van tras ella. Aprieta el Hermès para asegurarse de que la tiene allí. Le gustan los bolsos pequeños, aunque desde que vive en Madrid se asegura de que tenga el tamaño suficiente y un cierre cómodo que le permitan sacarla con facilidad. Echa a correr tratando de ganar la luz salvadora de la tienda, pero los pasos del hombre van más rápido que los suyos. Ya está casi llegando cuando la larga gabardina se le enreda entre las piernas, el minivestido no le permite guardar el equilibrio y cae de bruces al suelo. Con la agilidad de un gato se da la vuelta. En la oscuridad solo puede ver el cañón de una pistola que, como el ojo de un enorme cíclope, se abalanza sobre ella. Sin tiempo para pensar aprieta el gatillo de su Glock 26 y varios disparos resuenan a lo largo del silencio de la callejuela disolviéndose en el bullicio cotidiano de la Gran Vía. Los chinos salen asustados de la tienda, el espectáculo es dantesco, la mujer y el hombre están abrazados en el suelo rodeados de un río de sangre que no deja de manar. Zhou Di se acerca temblando y entonces el hombre le agarra con una mano ensangrentada y con la voz enronquecida por los estertores de la muerte le dice muy bajito:

—Soy el Comisario Pereira, dígame a la policía que por fin he conseguido acabar con Svetlana Ivanova.

A Zhou Di le impresiona ver a Svetlana Ivanova, la mafiosa más buscada del mundo cubierta de sangre, pero lo que de verdad le aterriza es la mirada triunfal del Comisario Pereira, congelada por el rictus de la muerte, que quedará grabada a fuego en su cabeza, protagonizando para siempre sus peores pesadillas.

**Belén Gómez**

## JULIA

Julia saborea el primer café.

Se pone su gabardina y, bolso en mano, emprende la odisea diaria hasta llegar al trabajo. El camino es largo, y a esas horas de la noche, no salen ni los lobos.

En la década de los 50, a mediados de diciembre, a las cinco de la madrugada, la oscuridad es su compañía. Calles estrechas y alguna que otra bombilla en cualquier esquina, a duras penas, alumbran parte de la calle.

En el trayecto sólo ve algún gato en busca de su amada.

A través de las ventanas de la casa, se mueven unas sombras de luz nítida. Sigue calle arriba y llega a la plaza donde se encuentra la iglesia del pueblo, de estilo Románico, muy bien cuidada con su hermoso reloj en la torre.

Delante conserva un jardín amurallado de piedras. Su antigüedad le regala algún desconchado, que ella aprovecha para llevarse alguna piedra con la que sentirse más segura.

En ese momento el reloj da la hora. En la madrugada, los tonos bajos entran en la mente como penas en ánimas. El canto del búho -ave de mal agüero- ulula en la torre.

Un vez que cruza el jardín se dirige a la izquierda, encontrándose con la esquina donde se ha fundido la bombilla. Pasa deprisa y tropieza con una voz que se mueve como un péndulo. Julia se echa para atrás, una risa sale del personaje que, con palabras entrecortadas dice: —Ni-ña-a, ¿vo-y-y-y, bi-en-n-n a- mi-i-i ca-sa-a-a?

Da media vuelta y corre. Se para. Una vez que ha recuperado el aliento sigue andando y mirando por todas partes.

Al llegar al puente, cerca del Campo Santo, escucha unos ruidos, pone toda su agudeza y comprueba que son tres golpes: dos acompasados y el otro más fuerte. Se detiene y duda si seguir o ir a casa. ¡No tiene salida, tiene que seguir! El arroyo escupe su agua. Danzando de piedra en piedra, siguiendo su curso y a su paso, deja el canto del agua moviendo su caudal. Julia, oyendo arrastrar el agua percibe voces de personas que se marcharon al sueño eterno.

Empieza a temblar. Los ruidos cada vez están más cerca. Una voz ronca se oye.  
— ¡Juliaaaa, espera, iremos juntos!

El miedo no la deja conocer al tío Germán, un vecino del pueblo, que le dice:  
— Mira, soy tu acompañante de esta noche.

El tío Germán enciende su mechero y ilumina su cara para que le reconozca. Pero Julia, al ver unas sombras deformes y horribles, le tira la piedra que ha recogido por el camino y corre hasta llegar al molino.

**Joaquina Campón**

## PASOS

Llegó a la parada del autobús justo cuando este emprendía la marcha. No podía esperar cuarenta minutos hasta que llegara otro y decidió ir a pie por los callejones que conducían al barrio de Peña Alta.

El ritmo de su corazón se aceleraba por las prisas, a veces paraba no solo para descansar, también por el eco de unos pasos que escuchaba tras ella, no miraba hacia atrás, el miedo se lo impedía, tenía que seguir adelante y llegar a casa antes que su marido, él no soportaba que llegara tarde.

De nuevo sintió ese prurito frío que la paralizaba, se preguntaba por qué no plantó cara a su jefe cuando le ordenó que terminara el informe, mientras la observaba con mirada libidinosa.

Inmersa en sus pensamientos, no advirtió que aquellos pasos seguían tras de ella más rápidos que antes, estaban tan cerca que podía oír la respiración agitada de quien la seguía.

El tacón de su zapato izquierdo se enganchó en una ranura del suelo y trastabilló, fue entonces cuando sintió unas manos oprimiendo su cuello con fuerza, haciéndola caer indefensa.

Casi asfixiada, se topó con el tacón de su zapato que en un intento de salvarse lo clavó con saña en la cara del individuo que apretaba su cuello.

Se incorporó jadeante sin poder pronunciar ni una palabra, mientras su jefe yacía en el asfalto en un charco de sangre que manaba de su ojo derecho con el tacón de aguja clavado.

**Purificación Claver.**

## INDULTO

*“Ese miedo a la fuerza bruta, a la esclavitud de una herencia adquirida sin mi consentimiento que me predispone siempre, por ser mujer, a temer parajes vacíos, pisadas oscuras, acechos sin formas...”*

*EL MIEDO (Cora Ibáñez)*

Mientras la ciudad duerme, un submundo habita en las calles y transita de tapado hasta el alba. La calle oscura y vacía es su caldo de cultivo y allí se encaminan las malas intenciones. La joven, caminando desconfiada, decía para sí que no debía apurar tanto la hora. Sentía de nuevo esos ojos atrincherados tras el entramado urbano. Su corazón latía acelerado y empezaba a sentir miedo. Las intermitencias de unas luces de ambulancias les llegaban lejanas rondando el hospital. Detrás notaba unos pasos amortiguados y sordos.

Su perseguidor avanzaba tras ella, confuso, pero con su objetivo bien fijado. Tras su paso por la cárcel pensaba que no volvería a sus andadas, demasiada suerte tuvo con aquel indulto después del asesinato de la menor y sus quince delitos por agresión sexual. Pero allí estaba, como el tigre en la sabana a la caza de una gacela. Tenía a la suya controlada a corta distancia y como el felino, en el espacio justo, intenta el desequilibrio y el zarpazo final, arrinconándola en un portal contra la pared. En el forcejeo, ágil ella, se zafa de aquella opresión y de su sobaquera saca una pistola que le apunta entre ceja y ceja. Su cara mostraba todo el asco y la rabia posible hacia aquella escoria de hombre, y entonces...

—¡Corten! ¡Corten! —vociferó el director. —Treinta minutos de descanso.

Se rodaba una nueva serie y creía conveniente hacerle algunas puntualizaciones a la joven actriz que encarnaba el papel de la agente especial, la sargento Lara Romero.

—Tu rostro—le dijo aparte, —debe contener el gesto, la expresión de la justicia, no de la venganza, eres un miembro de la Guardia Civil. Métete esto en la cabeza.

Antes de la vuelta al rodaje cada cual repasaba su rol y, como en tantas otras series, en esta ni los mismos guionistas sabían aún el final. Los creadores de la historia del violador asesino, por esta vez, tuvieron a bien ponerle vigilancia desde su salida de prisión, no siempre ocurre en la realidad, de forma que su reincidencia tuvo un seguimiento exhaustivo y el encuentro previsto con Lara Romero.

Los de atrezo trabajaban de forma minuciosa la botonera exterior del portero electrónico de aquel portal, con una masa gris incrustada sanguinolenta, simulada y pegajosa, válida para uno de los finales posibles que se barajaban.

**José Antonio García Feria**

## LA LUZ ETÉREA

Desde el accidente de Oriol, la vida de Claudia pesaba sobre sus hombros a veces como un lastre insoportable.

Cada día prolongaba de manera voluntaria su jornada laboral en la aseguradora para evitar la soledad asfixiante de su apartamento intentando que el recuerdo de su pareja, cruelmente desaparecida, no oprimiera su intimidad más de lo admisible.

En aquella jornada se había excedido en la tarea. Cercana la medianoche, al regresar a casa, en una calle oscura y solitaria, surgió de un callejón un hombre corpulento que comenzó a seguirla de manera inquietante. Cuanto más apretaba el paso ella más se le acercaba el misterioso individuo.

Al verse atrapada dio media vuelta y encaró al perseguidor. Ya frente a él pudo comprobar la dureza de sus rasgos faciales y el brillo maligno de su mirada, dejándola atenazada por el miedo.

De pronto, un resplandor a su espalda iluminó al acosador deslumbrándolo, cuyo rostro pasó de la sorpresa a la expresión de terror. Dio media vuelta y corrió como alma que lleva el diablo desapareciendo entre las sombras espesas del fondo de la calle.

Claudia se volvió. Ante ella apareció una silueta luminosa cuyo perfil reconoció. El espectro se acercó a ella y la besó en los labios, después se fue diluyendo lentamente hasta desaparecer.

Una mezcla de pena y alegría la acompañó hasta la llegada a su apartamento; sin embargo, una sensación de paz y de ánimo la envolvió a partir de aquella experiencia y, sobre todo, la sensación de que, de alguna manera, Oriol continuaba a su lado.

**Vicente Rodríguez Lázaro**

## UNA FLOR NO HACE PRIMAVERA

Siempre había hecho aquel recorrido a altas horas de la noche con mi mayor tranquilidad, conozco cada detalle y cada rincón, todas las sombras de aquellas horas de la noche ya formaban parte de mí, nada se me escapaba. A pesar de mi tranquilidad y confianza, mi padre siempre me repetía: “*No me hace gracia que vayas sola por ahí a estas horas, la urbanización es muy solitaria, llámame siempre que quieras y te vengo a buscar a la estación*”. Yo le entiendo, padece por mí, pero el coraje de no darme por vencida y no parecer cobarde por el simple hecho de ser mujer, siempre ha hecho aflorar en mí un carácter difícil de tumbar.

Pero aquella noche fue distinta. De la estación a casa hay unos buenos veinte minutos andando y por primera vez en mucho tiempo no me sentía tranquila, oía unos pasos no muy lejos de mí y aun no dándole importancia me estaba poniendo cada vez más nerviosa. A pesar de todo no llamé a mi padre, mi orgullo no me lo permitía.

A medio camino ya no pude más y utilicé toda mi energía para girarme y gritar con todas mis fuerzas: “*¿Qué quieres? ¡Deja ya de seguirme!*”, confiando con que aquella reacción hiciera pensárselo dos veces al tipo que me seguía.

¡No me lo podía creer! Él iba unos diez metros por detrás y al oírme automáticamente se paró y subió los brazos en alto y después los bajó para juntar las palmas ante sí, como rezando, o disculpándose. No reaccioné, no entendía nada. Me acerqué un poco y vi que gesticulaba algo que al principio no entendía muy bien.

Al final comprendí que era sordo y mudo, de ahí tanta gesticulación. Llevaba un papel en la mano que alargando el brazo me mostraba. Me acerqué con reservas un poco más, miré el papel que me mostraba y vi que había apuntada una dirección, la de mis vecinos dos números más allá de mi casa. Le miré perpleja y sintiéndome un poco mal por mi reacción. Mi cara pasó del enfado a la ternura a una velocidad que ni yo misma era capaz de controlar.

Con total confianza me acerqué asintiendo con la cabeza e intentando esbozar una sonrisa entre comprensiva y de disculpa y le ofrecí mi brazo como señal de confianza, algo a lo que él al principio dudó, aunque finalmente accedió agradecido. Noté que tampoco estaba seguro del todo, lo entendí.

Hicimos los diez minutos restantes en silencio, yo no abrí la boca para nada, sólo pequeños gestos imitando una sonrisa a las que él respondía con otra.

Al llegar ante la casa de mis vecinos le pedí mil disculpas como pude, a lo que él respondió encogiendo los hombros y con expresión alegre diciéndome que me entendía, que no pasaba nada y gesticulando de nuevo entendí perfectamente cómo me decía que fuera con cuidado, que andar de noche tan sola no era seguro.

Desde aquel día, cada noche al ir para casa, miro atrás a ver si me sigue el chico. Me daba seguridad pensar en volvérmelo a encontrar.

**María José Castro y Jordi Fornos**

## FANTASMAS DEL PASADO

Uno... dos... tres...

Sus pies no le permiten correr más rápido, por más que obliga a sus piernas a hacerlo.

Cuatro... cinco... seis...

Oye la respiración acelerada de su persecutor, corre tras ella y está peligrosamente cerca de alcanzarla. Le mira de reojo, tiene pinta de ser un hombre gigantesco. Un escalofrío le recorre la espalda, hace un esfuerzo para ir más deprisa.

Siete... ocho... nueve...

Solo dos portales más y estará en la seguridad de su casa, solo dos más. Está tan cerca que no puede evitar sonreír.

Diez...

De repente, siente un tirón en la correa del bolso que la hace caer. La silueta oscura de su captor se cierne sobre ella, imponente. Gruesas lágrimas se escapan de sus ojos y sus labios susurran súplicas sin sentido. Ante esta actitud, la figura oscura se agacha a su altura y suelta una risa suave.

Con cuidado se retira la capucha que le cubre el rostro. La joven está presa por el pánico y la sorpresa.

—Espero que me recuerdes, tesoro. Te he echado mucho de menos— dijo su madre, mientras la estrechaba entre sus brazos.

**Marta López Castaño**

## MATILDA

Por una senda oscura, una mujer camina sola con temor al futuro. En su trayecto, le sigue un hombre con mirada celosa, siempre detrás de sus pasos.

La travesía es larga y pedregosa, pero Matilda consigue ver la luz. Emocionada repasa sus descubrimientos. Por fin dará a conocer su logro. En su última zancada le aborda el hombre de la mirada celosa. Matilda intenta huir, pero no tiene salida. Le asalta, quita, hurta, afana sus sueños, su paso a la historia.

Él sale memorable, triunfante, glorioso, célebre, famoso, notable, vencedor, conquistador, invicto, victorioso.

Ella, invadida, confiscada, usurpada, derrotada, abatida, dominada, ganada, sometida, subyugada, rendida, aplastada, conquistada, invadida, acabada, perdida.

Este relato tiene un nombre, **«efecto Matilda»**, la atribución a los hombres de descubrimientos científicos que han sido llevados a cabo por mujeres.

Nettie Stevens, Rosalind Franklin, Lise Meitner, Isabella Karle, Gerty Cori, Jocelyn Bell Burnell, Chien-Shiung Wu, Agnes Pockels, Mileva Einstein, Katherine Johnson son algunas de esas «Matildas» a las que todavía hay que hacer justicia.

\*En conmemoración del 11 de febrero, día internacional de la mujer y la niña en la ciencia.

**Gemma Montero Ortega**

## QUEBRANTO

Vuelve a leer el informe médico del servicio de urgencias. Esta vez escudriña palabra por palabra en busca de algún dato que aporte algo nuevo a la investigación, esa que lleva haciendo por su cuenta, paralela a la que hace la policía. Nada relevante. En su opinión no deberían cerrar el caso sin haber encontrado al culpable. No se explica cómo pueden archivarlo como si aquí no hubiera pasado nada.

—No, señora, ya le he explicado que no hay cierre de caso, la investigación sigue abierta, solo que el número de efectivos destinados se verá mermado con respecto a la dotación inicial dado el tiempo que llevamos sin hallar pistas esclarecedoras.

No se conforma. Ciertamente que las ruedas de reconocimiento de sospechosos que organizó la policía no han servido para dar con él, pero de ahí a resignarse y abandonar hay un mundo. En lo que concierne a ella, el violador de su hija no quedará indemne.

Le ha cambiado la vida a toda la familia. Aunque intentan volver a su vida de gente sencilla, con sus rutinas domésticas, sus trabajos, sus momentos de ocio, nada ha vuelto a ser normal. El miedo ha quedado instalado en todos ellos para siempre, miedo a lo que pasó y a lo que les pueda pasar en un futuro a cualquier miembro de la familia. Si les ha ocurrido una vez, quién sabe si el destino no les tiene reservado otra desgracia.

Pero el sentimiento que más ha arraigado en ellos es el de venganza. Nadie lo nombra, pero es algo que está ahí, dormitando, esperando el momento de despertar.

La madre no pasa por un callejón sin que se le revuelva el estómago. Porque todo ocurrió al cobijo de la oscuridad de ese rincón solitario. Imagina a su hija tratando de despojarse de aquel hombre. Sabe que mordió, pateó, gritó, peleó con todo su cuerpo hasta que le fallaron las fuerzas. Vive amargada con esos recuerdos. Delante de su familia se muestra fuerte. Para dar ejemplo. La matriarca sin ninguna brecha de debilidad. Finge que su vida ha vuelto a la normalidad de antes, a la que disfrutaban antes de la violación sin saber que eran felices, pero no es así. Las imágenes reconstruidas vuelven una y otra vez a su mente. ¿Qué sintió su hija cuando la penetró? ¿Qué sintió cuando no pudo más y se rindió? ¿Cómo se vería la cara de aquel energúmeno tan de cerca, envistiéndola con el ceño fruncido por el éxtasis del orgasmo? Y así un día y otro.

Ese machaque no la deja en paz. Pero siente que a la vez la gratifica. Es como si el sufrimiento de la madre restara dolor a la hija. Ojalá. Por eso esta noche se ha metido en el callejón donde todo ocurrió, para reconstruir su pena. La calle negra y solitaria, los pasos de alguien que la sigue, el nervio que provoca el miedo a sentirse perseguida. Todo se repite. Y lo está viviendo ella, no su princesa. Todo igual, menos el final de la historia. Esta vez será diferente. Se vuelve, lo mira a los ojos. Saca la pistola que lleva mucho tiempo en su bolso para ser utilizada. Dispara. No le tiembla el pulso. Este pagará por el otro. Quizá sea inocente, nunca se sabrá. Le da igual.

**Ángela Velasco Bello**